



EL VIAJE AL DESIERTO

EL CUENTO



Hace ya mucho tiempo, un viejo sabio de la India, decidió recorrer las tierras del desierto con su único discípulo.

Muy temprano en la mañana, tomaron sus cosas y salieron rumbo a lo desconocido. Conforme más se alejaban de su aldea y se acercaban al desierto, el panorama se volvía cada vez más hostil. Toda aquella vegetación y parajes que conocían iban desapareciendo a cada paso.

El temor comenzó a apoderarse del joven y notándolo el maestro le comentó:

- Escucha bien mi muy amado discípulo, la primera lección que esta prueba te quiere enseñar está frente a tus ojos.

El discípulo atónito ante el comentario de su maestro no supo que contestar, así que guardó silencio y siguió caminando. Ya en la noche del desierto, el maestro detuvo su paso y le dijo a su discípulo que sería ahí donde pondrían su tienda, señalando hacia una alta duna.

Aún más sorprendido el joven discípulo, dudó un poco, ya que el lugar era inhóspito, no había ni palmeras, ni oasis, ni agua para refrescarse, solo arena. Todo era arena.

El maestro una vez más notando la tribulación de su discípulo le dijo:

- Entiende bien esto mi muy amado discípulo, la segunda lección que este viaje te quiere enseñar está en tu mente.

El discípulo helado por la respuesta de su maestro, no supo aun que contestar, estaba confundido. Así que mientras emitía un gran suspiro, comenzó a levantar la tienda.

A la mañana siguiente, aún con la confusión en la mente del discípulo, recogieron la tienda y comenzaron a realizar los ejercicios acostumbrados. Cuando de repente el cielo raso bajo el que meditaban se convirtió en un espacio negro y tenebroso, todo era un oscuro silencio. El viento comenzó a correr con fuerza y el temor del discípulo pronto se convirtió en pánico.

El maestro levantó la mirada y en completa serenidad le dijo a su discípulo:

- Respira hondo mi amado discípulo, la tercera lección que este viaje te quiere enseñar está en tu corazón. Así que siéntate a mi lado y sigue meditando, no hagas caso al viento.

El discípulo, asustado pero obediente, hizo lo que le pidió.

El viento cada vez soplaba con más fuerza, y pronto una tormenta de arena los cubría

por completo con su furia. Ambos, el maestro y su discípulo continuaron con su meditación. Al cabo de 20 minutos la tormenta pasó de largo y todo a su alrededor se volvió calmo, como si nada hubiera ocurrido. Así que el maestro poco a poco abrió los ojos, y le pidió a su discípulo que también lo hiciera.

Habían pasado unos pocos minutos de aquel suceso cuando el maestro fijó su mirada con alegría hacia una de las dunas cercanas. Llamó a su discípulo y con la mano le indicó que se acercara con cuidado junto a él. Al acercarse el discípulo, con estupor descubrió el milagro, no lo podía creer... Y dijo en voz alta:

- ¿Cómo es posible que una flor pueda crecer en medio de este desierto? de verdad que no lo comprendo... ¡Aquí no hay agua, la tierra es infértil, el clima es incierto! ¡Realmente no lo puedo creer!



Entonces el maestro con una gran sonrisa le respondió:

- Mi muy querido discípulo, esta es la última lección que este viaje quiere enseñarte. Créeme, a esa flor le da lo mismo todo lo que tu puedas creer. Date cuenta de que lo único importante aquí es que la flor crea que es posible. Por ese simple detalle, ella ha podido florecer en el desierto y siga aquí, después de la tormenta de arena.

El discípulo comenzó a llorar, mientras comprendía por fin lo que el maestro le había estado enseñando en su viaje. Era más de lo que el jamás hubiera imaginado.

El maestro se le acercó, lo abrazó, y con una voz dulce le dijo:

- Mi amado discípulo, este viaje te ha dado cuatro grandes lecciones sobre la vida y

espero que las guardes en tu alma para siempre.

Recuerda que tus sentidos siempre te pueden engañar y hacerte ver cosas que no están ahí. Al final todo cambia, nada es permanente y el temor hacia lo desconocido termina volviéndose el motor creador de la vida. Nunca temas a lo desconocido, no permitas que tus sentidos te engañen y recuerda que vivir es caminar en la oscuridad del misterio.

Date cuenta también de que la segunda gran limitación a la que te enfrentas en la vida es tu propia mente. Ella no te permitió ver en aquellas dunas la posibilidad de acampar ahí, tu propio paradigma de las cosas hizo que dudara. Entiende que así como la vida cambia, las cosas cambian, y la mente siempre vive en el paradigma, nunca en el cambio. La única manera de sobrevivir y lograr tus sueños es cambiando y adaptándote, así que deja a tu mente a un lado, no le hagas caso y baila la danza de la vida que siempre es distinta. No vivas en el paradigma, abandona tus creencias de la mente, no generes nuevas y ábrete a las posibilidades de lo infinito.

Tu tercera gran lección habita en tu corazón y es el apego a las cosas. Cuando nos aferramos tanto a lo que nos rodea, nos olvidamos de fluir, y es ahí donde el deseo de que las cosas no cambien convierten tu vida en sufrimiento y no en un fluir perpetuo con las cosas. Recuerda que la diferencia entre el sufrimiento y la felicidad está en tus apegos. Fíjate como después de una gran tormenta, son los árboles más grandes y enraizados los que terminan cediendo, y como el pasto y las pequeñas hojas siguen ahí, como si nada hubiera ocurrido. Y todo por que estas últimas simplemente se dejan llevar por la danza de la tormenta y no intentan interponerse como los árboles. Es por eso que al final ellas siguen ahí.

¿Ahora entiendes a esa pequeña flor?
¿Ahora entiendes como es que hablar de imposibles es hablar de nuestras limitaciones? ¿De cómo la barreras en las que vivimos prisioneros, son ocasionadas simplemente por vivir bajo el sueño de la mente y el espejismo de nuestros sentidos?

Así que mi querido y muy amado discípulo, cree en tus sueños en ideales, vívelos en medio de lo desconocido y comienza a Ser tu mismo en libertad. Al final, como esa pequeña flor, encontrarás la posibilidad en la imposibilidad de hacer tus sueños realidad.